

to y descansar; pero como esto podia comprometer á los españoles, les herian con el filo de las espadas y les cortaban las manos.

De esta manera incua dieron muerte á diez y ocho.

Cuando se encontraron los españoles en tierra, discutieron lo que podria ser más conveniente.

Algunos querian ir á Cuba.

Otros quisieron volver á las naves y quitarles las armas y víveres, y no faltó quien quiso reconciliarse con el almirante.

Pero al fin convinieron en intentar de nuevo el viaje á la Española; y como el tiempo se opuso á sus intentos, bogaron de poblacion en poblacion, comatiendo toda clase de atropellos, y demostrando que el hombre abandonado á sus pasiones, y sin otro móvil que su egoismo, es más brutal y feroz de las fieras.

CAPITULO LXIII.

El último recurso.



Se encontraron reunidos al fin.

Era por cierto una asamblea bien heterogénea.

Por una parte, los indios con su ignorancia y credulidad.

Por otra, los españoles alumbrados por la luz de la religion y de la ciencia.

Y sin embargo, era preciso que se entendieran, que llegasen á un acuerdo definitivo.

La suerte de Colon y de sus compañeros dependia de la actitud de los indios.

La mala semilla que habian sembrado entre los salvajes los rebeldes capitaneados por los hermanos Porras, estaba fructificando.

Sabido es que aun los ménos malos de los insurgentes, queriendo justificar ó atenuar su infame y alevosa conducta con aquellos desgraciados indios, á quienes sacrificaban con el despojo y con los más duros tratamientos, les dijeron que no procedian por cuenta propia, sino por órdenes severas que les habia dado el almirante.

Y aquellos infelices, crédulos siempre, tenian por ciertas tan terribles calumnias.

No era, pues, motivo de extrañeza el encontrarse preocupados contra Colon, puesto que en él veian al gran usurpa-

dor, al tirano, al hombre fatal que iba á aquellas regiones para causar su ruina y para asolarlas completamente.

Por eso mismo los indios celebraban cordialmente la situación crítica de las naves, y esperaban que la falta de víveres concluiría por hacer morir de hambre á toda la tripulación, que solo habia ido á aquel país para sacrificarlo.

No se ocultaban á Colon las precauciones de los indios, ni el odio mortal que le profesaban.

Pero si no acudia á los indios, le era imposible proveerse de los víveres que le eran tan indispensables para atender á las más precisas necesidades de su gente.

Para hablarles de este asunto, que tanto les interesaba, era para lo que los habia convocado.

Y persuadido como estaba de que por los medios ordinarios no podría conquistar sus simpatías ni ponerlos á su servicio, apeló á un recurso hábil é ingenioso.

—No sabeis para qué os he llamado, les dijo por medio de su intérprete, y deseo que lo sepais pronto, porque quiero dispensaros un gran favor, y espero que me correspondereis.

—No, no; no nos hará favor, decia un indio.

—Es muy malo, añadía otro.

—Si nos querrá matar.

—No, no tiene provisiones.

—Eso es lo que quiere.

—Pues no se las daremos.

—Que se muera él.

—Y todos los españoles.

—Que nos dejen en paz.

Estas y otras frases se escapaban de los inquietos labios de los indios congregados en las deterioradas naves de Colon.

Y aunque él comprendia todo cuanto ellos pensaban, aparentó una gran serenidad, sin esforzarse mucho, pues la sere-

nidad en los más graves peligros era uno de los rasgos que más le caracterizaban.

—Confiad en nosotros, les dijo en tono dulce y afectuoso.

—No, no confiaremos, porque es un tirano.

—Porque quiere robarnos.

—Pero ya no puede, porque los otros españoles se han escapado, y éstos son ya pocos y están enfermos.

Estas y otras palabras parecidas interrumpian el discurso de Colon; pero continuaba:

—Confiad en nosotros, porque os queremos, y no os hemos hecho daño alguno.

—Sí, sí; que por él nos quitaron todo cuanto teniamos guardado.

—Y nos dejaron sin comer.

Al comprender Colon que le acusaban de despojador, él que tan evangélico y tan caballero era en toda su conducta:

—No, dijo con palabra severa y conmovida; no, nunca se cometerán por mí semejantes atropellos. Al contrario, siempre prohibiré muy severamente á los hombres que estén bajo mi mando que hagan daño alguno en las personas y en los bienes de los pobres y desgraciados indios.

—Yo los quiero con todo mi corazon, añadió, y estoy dispuesto á hacerles todo el bien que me sea posible.

—Pues así lo dijeron, exclamaba un indio. Ellos aseguraron que todo cuanto hacian era lo que les habia ordenado su jefe.

—Mentian los miserables, mentian alevosamente. No fueron mandados por su jefe; fueron prófugos de estas naves, donde siempre habia orden, disciplina y gran respeto al prójimo, á quien miramos como á nuestro hermano, lo mismo que á su propiedad.

Aunque las palabras de Colon eran ininteligibles para los

indios, aunque el intérprete se las tradujese genuinamente, sin embargo, el acento y la majestad con que las pronunciaba les daban un carácter de verdad y de grandeza, que producía su efecto entre los salvajes.

—Nosotros no podemos dañaros, porque no nos pertenecemos, no somos dueños de nuestra conducta. Nosotros adoramos á un Dios que está en el cielo, y que desde el cielo habló á la tierra, y lo hizo para enseñarnos el amor inmenso que debemos tener á todos los hombres, sea cualquiera el país que habiten y la raza á que pertenezcan. Y nosotros queremos ser fieles á la enseñanza que recibimos de la Divinidad, no sólo porque así le agradamos, y ese es nuestro mayor deseo, sino porque si así no lo hiciéramos, seríamos terriblemente castigados.

A los hombres que se portan bien les envía contrariedades y trabajos; pero al fin les premia y los recompensa crecidamente con grandes y visibles dádivas.

Vosotros lo habreis observado, les decia; vosotros habreis visto que la expedicion de Diego Mendez, hombre honrado, generoso y valiente, fué protegida por la Divinidad, porque se proponia un gran fin, y solo aspiraba á cumplir sus deberes más sagrados.

Pero ya sabeis la suerte que ha cabido á esos infames capitaneados por los hermanos Porras. Ellos empezaron por sublevarse contra mí, y muy pronto sintieron los rigores de la expedicion, porque perdieron todo su prestigio para la gente que mandaban; y más tarde sufren toda clase de padecimientos, acosados por el hambre, por las enfermedades y por su propia conciencia, que en voz muy alta les acusa de sus grandes crímenes.

Y esa Divinidad, inflexible para con los malos, pero bondadosa con los hombres de buena voluntad, os castigará sen-

siblemente si no cumplís aquellos deberes que vuestra razon os promulga muy claramente.

No ignorais que no se debe dañar á otro, ni tampoco se os oculta el deber que teneis de prestaros recíproco auxilio y proteccion. Si no os auxiliaraís, moriríais devorados por el hambre y por vuestras necesidades no satisfechas.

Pues esos deberes que conoceis nos los ha enseñado muy ámpliamente el mismo Dios cuando descendió al mundo y habitó entre nosotros.

Por eso no os haremos nunca mal, y procuraremos prestaros servicios. Pero si vosotros no haceis lo mismo, caerán sobre los que os porteis indignamente toda clase de calamidades.

Esta noche misma se verificará un acontecimiento que os llenará de confusion y espanto. Esta noche misma quedareis envueltos en una oscuridad tenebrosa, que sobrecogerá vuestros corazones y os llenará de confusion.

Y ese suceso os hará arrepentiros de vuestras culpas, y temblareis ante la idea del poder de Dios y de las penas inmensas con que podrá castigaros.

—Quiere asustarnos.

—Sí, sí; lo que quiere es que le demos víveres.

—¡Si dirá la verdad!

—Aquí estamos nosotros, que somos vuestros hermanos, los que hemos venido á estas regiones para haceros un gran bien, que todavía no podeis conocer ni apreciar. Y aquí estamos débiles, enfermos y sin alimentos ni recursos.

—Mejor, mejor.

—Eso es lo que queremos.

—Así morirán pronto.

Estas eran las frases con que murmuraban los indios al saber la situacion en que se encontraban los buenos españoles que habian sido fieles á Colon.

Tampoco debe admirarnos semejante actitud, pues estaba muy arraigada en todos ellos la idea de que aquellos hombres no tenían otra mira que enriquecerse, y que para lograr su objeto no perdonaban medio ni omitían recurso alguno.

Sin embargo, era tal la presencia de ánimo del almirante, tal la confianza que revelaba su noble fisonomía, que algunos indios comenzaron instintivamente á señalarle con simpatía; pero la gran mayoría lo consideraba como un mónstruo, como un infame, como un usurpador.

Y al persuadirse Colon del estado de incredulidad en que se encontraba su auditorio, exclamó así:

—Esta noche se oscurecerá la luna, quedareis envueltos en tinieblas; conoceréis vuestras faltas, y temblareis ante las penas con que Dios puede castigaros.

CAPITULO LXIV.

Dios y el hombre.



IMPRESIONARON á los indios las palabras de Colon, tan solemnemente pronunciadas.

Y aun los que iban dispuestos á escuchar frases engañosas, quedaron sorprendidos ante aquel hombre privilegiado y excepcional.

Si el acontecimiento que les anunciaba hubiera sido para un plazo más remoto, se hubieran afirmado más y más en sus creencias. Pero el decirles que aquella misma noche iba á verificarse, les llenaba de confusion y espanto.

Pero á la animada conversacion y á los incesantes murmullos siguió una terrible calma; calma precursora de algun suceso extraordinario.

Nadie contestaba afirmativamente á las proposiciones que se hicieron.

Pero tampoco nadie tenia valor para oponerse y resistir. Los indios abandonaban las naves.

Y Colon quedaba en ellas muy seguro de que su estratagemma habia de dar grandes resultados.

—¿Será cierto?

—No, no; no puede ser.

—¿Y qué haremos si sucede?

—Nunca hemos visto una cosa tan extraordinaria.

—Y dice que no nos quiere mal; dice que nos quiere bien.

Pues si nos quiere....